



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XIV

Nº 26

28.06.20

Domingo de la 13ª semana del T.O.:

**El que no carga con la cruz no es digno de mí.
El que os recibe a vosotros, me recibe a mí**

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 10, 37-42)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles:

«El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí.

El que encuentre su vida la perderá y el que pierda su vida por mí la encontrará. El que os recibe a vosotros me recibe a mí y el que me recibe, recibe al que me ha enviado; el que recibe a un profeta porque es profeta, tendrá recompensa de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo, tendrá recompensa de justo.

El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños, solo porque es mi discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa».

1ª Lectura Del 2º Libro de Reyes (2 Re 4, 8-11. 14-16a).

Salmo Salmo 88 (Sal 88, 2-3. 16-17. 18-19).

2ª Lectura De la carta de San Pablo a los Romanos (Rom 6, 3-4. 8-11).

Visite nuestra web: www.reinacielo.com

Magisterio de la Iglesia:

¡Cristo vive!

Exhort. Apostólica «Christus vivit» del Santo Padre FRANCISCO (24)

EL GRAN ANUNCIO PARA TODOS LOS JÓVENES (2)

El papa Francisco nos decía la semana pasada: Hay tres verdades que debemos recordar.
La primera verdad es: **¡DIOS TE AMA!**

La segunda, nos dice hoy, es:
CRISTO TE SALVA



Cristo, por amor, se entregó hasta el final para salvarte. Sus brazos abiertos en la Cruz son el signo más precioso de un amigo capaz de llegar hasta el extremo: «Él, que amó a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Jn 13, 1). San Pablo decía que él vivía confiado en ese amor que lo entregó todo: «Vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Ga 2, 20).

Ese Cristo, que nos salvó en la Cruz de nuestros pecados, con ese mismo poder de su entrega total sigue salvándonos y rescatándonos hoy. Mira su Cruz, aférrate a Él, déjate salvar, porque «quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento». Y si pecas y te alejas, Él vuelve a levantarte con el poder de su Cruz. Nunca olvides que «Él perdona setenta veces siete». Nos vuelve a cargar sobre sus hombros una y otra vez.

La tercera verdad es:
¡ÉL VIVE!

Verdad inseparable de la anterior: **¡Él vive!** Hay que volver a recordarlo con frecuencia, porque corremos el riesgo de tomar a Jesucristo sólo como un buen ejemplo del pasado, como alguien que nos salvó hace dos mil años. El que nos llena con su gracia, el que nos libera, el que nos transforma y nos consuela es alguien **que vive**. Es Cristo resucitado, lleno de vitalidad sobrenatural, vestido de infinita luz. Por eso decía san Pablo: «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe» (1 Cor 15, 17).

Si Él vive, entonces sí podrá estar presente en tu vida, en cada momento, para llenarlo de luz. Así no habrá nunca más soledad ni abandono. Aunque todos se vayan Él estará, tal como lo prometió: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20).

Encuentro con Jesús

San Mateo 10, 37-42

“... El que quiere a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí...”



La centralidad de Jesucristo en la vida del cristiano: ***"El que quiere a su padre o a su madre... a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí"***. Una expresión que no se debe leer en clave excluyente. El amor a Jesucristo no anula el amor a la propia sangre. La clave de lectura es la **centralidad del Señor** y la fe en el amor que nos tiene, fuente del amor que tenemos por los nuestros y por el prójimo.

Recordemos: ***"Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos"***. Cristo es Dios, en unión del Padre y del Espíritu Santo. **Dios es la centralidad.**

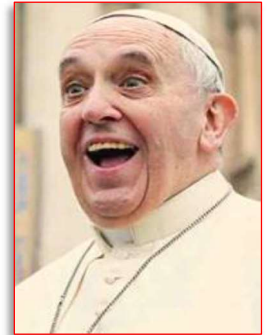
Ser Cristiano hoy

El Papa Francisco sobre el «Padre Nuestro» (final)

«¡Llamar 'Padre' a Dios!»

[Final de las Catequesis del papa Francisco sobre el «Padre Nuestro».](#) (extractos del texto original).

Jesús satisfizo plenamente la petición de los discípulos cuando, al verlo a menudo aislarse y sumergirse en la oración, un día le pidieron: **«Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos»**. Y el Maestro les enseñó **‘la oración al Padre’**.



El Nuevo Testamento, en su conjunto, pone de manifiesto que **el primer protagonista de toda oración cristiana es el Espíritu Santo**. No lo olvidemos. Nosotros no podríamos rezar nunca sin la fuerza del Espíritu Santo. Es Él quien reza en nosotros y nos mueve a rezar bien. Él sopla en el corazón de cada uno de nosotros, que somos discípulos de Jesús.

Este es el misterio de la oración cristiana: la gracia nos atrae a ese diálogo de amor de la Santísima Trinidad. Jesús rezaba así. A veces usaba expresiones que ciertamente están muy lejos del texto del Padre Nuestro; pensad en las palabras iniciales del Salmo 22, que Jesús pronuncia en la cruz: **«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»** ¿Puede el Padre celestial abandonar a su Hijo? Desde luego que no. Y, sin embargo, el amor por nosotros, los pecadores, llevó a Jesús a este punto: al punto de experimentar el abandono de Dios, su lejanía, porque había tomado sobre sí todos nuestros pecados. Pero incluso en el grito de angustia, permanece el **«Dios mío, Dios mío»**. En ese **«mío»** está el núcleo de la relación con el Padre, está el núcleo de la fe y de la oración.

Por eso, un cristiano puede rezar en cualquier situación; puede asumir todas las oraciones de la Biblia, especialmente de los Salmos; puede rezar también con todas las expresiones que, en milenios de historia, han brotado del corazón de los hombres. Pero **no dejemos nunca de hablar al Padre de nuestros semejantes en humanidad**, para que ninguno de ellos, especialmente los pobres, permanezca sin un consuelo y una porción de amor.

Como final de esta catequesis, podemos repetir la oración de Jesús: **«Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a pequeños.»**